

January 1978

El Hermano Miguel Académico en los Altares

Dr. Carlos E. Mesa

Universidad de La Salle, revista_uls@lasalle.edu.co

Follow this and additional works at: <https://ciencia.lasalle.edu.co/ruls>

Citación recomendada

Mesa, D. E. (1978). El Hermano Miguel Académico en los Altares. *Revista de la Universidad de La Salle*, (3), 7-16.

This Artículo de Revista is brought to you for free and open access by the Revistas de divulgación at Ciencia Unisalle. It has been accepted for inclusion in *Revista de la Universidad de La Salle* by an authorized editor of Ciencia Unisalle. For more information, please contact ciencia@lasalle.edu.co.

El Hermano Miguel

Académico en los Altares

Por el Dr. Carlos E. Mesa, c. m. f.

El homenaje que la Academia Colombiana rinde hoy al Beato Hermano Miguel —homenaje realzado por las presencias nobilísimas que nos honran, aunque achicado por la tenuidad de mis palabras, más llenas de fuego que de brillo— entraña una significación peculiar y pide un previo discernimiento.

No es el tributo de glorificación a un letrado, que los hay copiosos y excelentes en los campos de la universal castellanía; ni es tampoco el panegírico laudatorio del perfecto cristiano a quien la mano augusta de Pablo VI acaba de nimbar con las aureolas de la santidad; ni es siquiera el himno de alabanza ofrecido a quien, siendo orfebre de su propio espíritu lo es también de nuestra lengua imperial, como Juan de Avila, Juan de Yepes o Teresa de Jesús.

Este homenaje se le presenta hoy a un nuevo tipo de las categorías espirituales y culturales que ha surgido en el ancho mundo de la hispanidad: el académico santo.

A estas corporaciones que, en torno a la Real Española, velan con idealista empeño, a veces comprendido y a veces zaherido, por la unidad, la pureza, la ordenación y el esplendor del idioma han ido perteneciendo en unos y otros países los letrados de las profesiones más variadas y distintas: el periodista o el poeta, el presidente o el prelado, el técnico y el ideó-

discrepante, ilustre y, ¿por qué no decirlo?, abigarrada galería de personajes cordialmente unificados por el señorío y el culto del propio idioma. Por lo cual sucede que al observador o al colega apenas ingresado le es fácil comprobar cómo por esas mínimas repúblicas de las letras que son las Academias discurren los más diversos ingenios y cómo en estos recatados cenáculos gallardean y lozanean a sus anchas los más variados espíritus.

Pero en las Academias de la Hispanidad, tan señaladas siempre por logo, el militar o el ensayista; una su perenne acatamiento a los más altos valores, nos estaba faltando el santo. Y ha sido obra, diligencia y prezo de la Iglesia Ecuatoriana, de su fraterna Academia y del Instituto meritísimo de La Salle el regalarnos el académico santo que nos hacía falta. Por ello nuestra alegría; por ello, esta solemnidad inusitada.

Entre los grandes servidores de Cristo hay vidas atravesadas por el más intenso dinamismo; las hay dominadas por una intensa serenidad. No es que a unas y a otras les falte su batalla interior; pero la circunstancia humana y la coyuntura histórica les exige acciones y reacciones muy distintas. Para referirnos concretamente a la historia del Ecuador y de su cristiandad, uno es el quehacer de García Moreno; otro el quehacer de Francisco Febres Cordero. Aquél es río de montaña, alborotada turbulencia de aguas entre orillas de geo-

lógicas convulsiones; este es río de llanura con sobria escolta de álamos. Aquel es fuerza arrolladora y este es lo que Costa y Llovera llamaba "fuerza tranquila". Ancho río de evangélica simplicidad y diafanidad donde se perciben apenas los encrespamientos de una vocación contrariada y triunfante, que se canaliza al fin por los cauces de una gris monotonía escolar vivida con esmeros de cotidiano heroísmo. Aquél "te Pío XII al beatificar al Hermano Benildo de las Escuelas Cristianas, tan semejante con el Hermano Miguel en varios detalles de su vida, de su Vocación y de su Apostolado.

En 1865 desembarcan en Guayaquil diez Hermanos de las Escuelas Cristianas, portadores del Carisma, de la espiritualidad, de la Pedagogía de Juan Bautista de La Salle. Son fermento de novedad en la rutina rrible cotidiano" de que hablara docente del país. Los ha llamado el Presidente García Moreno, implantador del orden, sembrador de cultura, promotor de prosperidad. Unos años más tarde, al visitar el Colegio Lasallista de Cuenca le llama la atención el rostro puro, el gesto firme, el ademán tranquilo del adolescente que en correctas frases españolas y francesas lo saluda en nombre de sus compañeros: es Francisco Febres Cordero. Viene de casta de hidalgos conocidos, emparentada con próceres de la Gran Colombia. Y está sintiendo ya en los hondones del alma el secreto atractivo del ideal Lasallista, cifrado en el testimonio del laico con-

sagrado que se dedica al servicio, aumento y consolidación de la Iglesia en simultáneas donaciones de evangelio y de cultura.

Sobre esa vida que amanece, sobre esa espiga promisoría aletean ya designios superiores. Será magistrado, sueñan sus padres incitados por las tradiciones del abolengo y los relámpagos del prestigio. Seré religioso educador, como mis profesores, afirma el muchacho. ¿Lasallista?, dice su hermana menor. Está perdido para nosotros; nunca dará prestigio y gloria a nuestra familia. Aquellos hidalgos de Cuenca vivían hechizados por las categorías españolas de las nombradías patentes en las páginas de Cervantes y de Gracián.

Ante la desazón familiar, el joven acepta resignado probar la vida del seminario rumbo al sacerdocio, en lo divino tan encumbrado y en lo humano más halagüeño que la condición de laico. Industria vana. Compendia inútil. Estos llamamientos, cuando son genuinos, proceden de arriba y no de voluntades humanas. "Me muero de tedio", escribe el seminarista. Y dejando aromadas de inocencia y bondad las aulas del seminario regresa a su hogar y a su colegio, sin nostalgia de posibles prebendas Jerárquicas, de entevistos cálices, de liturgias que invitan al arrebato.

Desdeñando incomprendiones familiares, tercas negativas del padre, Francisco se adscribe a la Comunidad de San Juan Bautista de la Sa-

lle, aquél maestro inspirado y precursor de geniales anticipos que nutrió su espíritu, sus escrituras y su creación en las esencias eternas del Evangelio, pero dejándola abierta para largos siglos a las innovaciones más revolucionarias y fecundas de la pedagogía.

Cada vocación es un misterio en lo humano y en lo divino. Y a esos misterios inapelables e inefables, cuyo desenlace se descubre a veces a la vuelta de los años, hay que remitir la resuelta decisión del sacerdote la Salle de negar el sacerdocio a las huestes de sus hijos como también la resuelta decisión de Francisco Febres Cordero de renunciar a la unción y a las dádivas del sacerdocio para sumarse a este seguimiento peculiar de Cristo que es la vida religiosa laical. Siempre y en todo caso, la Iglesia queda enriquecida con esta maravillosa y fértil pluralidad de dones y de carismas.

Es este alumno lasallista de Cuenca el primero de los jóvenes ecuatorianos que ingresa en el Instituto de las Escuelas Cristianas, con lo cual puede reclamar para sí aquel oráculo del Héroe de Gracián: "Gran ventaja el ser primero, y si con eminencia, doblada. Mas no consiste la gala en ser primero en tiempo, sino en ser el primero en la eminencia". Roma nos ha dicho que en este caso fue así.

Su noviciado transcurre en Cuenca. Largas jornadas de oración y de reflexión. Tanteo de sus propias

fuerzas y de las cargas de la vida religiosa y de la severa regla lasallista. Descubre con el mismo Gracián que el primer paso del saber es saberse. Descubre en sus ahondamientos y apunta en sus escritos íntimos, con frase que suena a Juan de la Cruz, que "es gran sabiduría dar la nada por el todo"; que "el verdadero secreto para tener la paz está en no desear nada perecedero" y que "no se puede llamar vida aquella en que no se ama a Dios. . .".

Ya en esta probación de Cuenca se inicia en la que fue tarea de su vida entera: la enseñanza. Hasta que un día se desgarró de su ciudad natal y se encamina a Quito, encaramada allá en la meseta andina, engastada en azules de cielo, jactanciosa de sus reliquias coloniales: "Salí de Cuenca, anota sencillamente, para sustraerme a los asaltos contra mi vocación, el 4 de mayo de 1869, durante el mes de María". Sólo ha vuelto ahora, en imagen, sobre peana y en nimbo de santidad.

El 8 de diciembre de 1872 se liga a la cruz de los votos; diez años más tarde los emite perpetuos. Y los canta en liras de clásica moderación y factura que suenan a Biblia y melodía de Luis de León.

"También con lazo fuerte a tu carro triunfal hoy me has atado con nudo hasta la muerte porque esté sin cuidado en asilo seguro resguardado".

El Hermano Miguel, —tal es su nombre de comunidad— se ha sentido centrado y realizado en el magis-

terio. La pedagogía, finalidad y especialidad de su Congregación, le va entregando sus secretos alcanzados en diurnas y nocturnas pesquisas, a través de los escritos del Fundador, de los tratados de sus hijos más doctos, de las metodologías y experiencias que observa en sus compañeros de enseñanza y acopia en sus propias clases.

Sobre amplias hojas de papel fijadas en las paredes de su aposento va llenando claves y subclaves con linda caligrafía. En esas hojas, borrador primitivo de los que serán después textos irreprochables, vienen a simplificarse las nociones abstrusas captadas en libros magistrales y a veces, ¡quién lo creyera! quedan estampadas también ciertas definiciones literales que ha oído a los chiquitines en el coloquio de una clase. Así compuso su preciosa "Gramatiquilla infantil".

Resulta y se hace profesor excelente. Estudia lenguas, maneja libros extranjeros, ahonda en las materias con porfiada aplicación, pero no es un pozo cerrado. Sabe para sí y para los demás. Posee la ciencia y la sabe comunicar con esos dones de orden, de claridad, de amenidad que distinguen al maestro de veras. Cuando el hermano va a clase, preparada con diligencia desde el primero al último día de su magisterio, despiden en la puerta al filólogo consumado y sólo deja entrar al diáfano pedagogo. Y pone algo más: pone calidez y entusiasmo. Aprender historia o catecismo con el Hermano Miguel es divagar unos minutos, que

a eso se reducen las horas, por un bosque de súbitas claridades y deleitosos hallazgos.

El Hermano Miguel —decía un discípulo suyo memorioso y agradecido— fue sabiduría vestida de amor. Frase esta tan bella y tan dicente que Pablo VI la hace suya en la homilía de su beatificación.

Fue providencia de los superiores lasallistas aprovechar la ciencia y la pedagogía, ese saber y saber comunicar del Hermano Miguel para que lo envasara y lo difundiera en decenas de textos que por exactos, ordenados y transparentes habían de volverse clásicos manuales en escuelas y colegios del mundo hispano-hablante. ¿Cuáles fueron sus fuentes? Las que entonces primaban en el uso de los doctos: la Gramática y el diccionario de la Real Academia Española, las obras de Salvá, de Benot, de Bello, Caro y Cuervo; los vocabularios de americanismos, los diccionarios de Littré y de Webster.

Esta luz encendida en los colegios lasallistas va a ser colocada sobre el candelabro para que ilumine a todos. El 18 de febrero de 1892 la Academia Ecuatoriana de la Lengua sorprende la modestia del escritor, del gramático, del poeta con el nombramiento de miembro numerario. El 17 de mayo pronuncia su discurso sobre la influencia del cristianismo en la moral, las ciencias y las artes, en ceremonia solemnísima presidida por quien es académico de número y presidente del Ecuador don Luis Cor-

dero. Vendrán luego sus designaciones para la Real Española, para la Academia Venezolana, para Oficial de la Academia de Francia. Galardones bien ganados que dejan intacta su evangélica humildad y le otorgan la alegría de devolver y atribuir esas ufanías y celebridades a su patria y a su Congregación. Al ingresar en la Academia el Hno. Miguel llega a su hogar: al templo de esa lengua que él conocía desde las raíces, que él manejaba con elegante propiedad y tersura, que él regulaba como respetuoso preceptor y que se le plegaba con amorosa docilidad para poetizar sus nostalgias de cielo, sus loas devotas o sus endechas de filiación mariana. “Tiene el Hermano Miguel —escribía el atildado poeta mallorquín Miguel Costa y Llovera— singular aptitud para los versos musicales; sus estrofas cantan por sí mismas y son notables por la precisión del ritmo, unida a la naturalidad; no sólo brilla en esos cánticos el versificador, sino también el poeta de sano ingenio y gusto depurado”.

Lo cierto es que sus letrillas devotas y místicas sentidamente musicalizadas, se han cantado con sabrosa insistencia en los colegios lasallistas y campearon en antiguos devocionarios y cancioneros espirituales del mundo hispánico.

Es posible con todo que no fueran precisamente sus laureles de poeta o sus manojos de creador literario los que determinaran su elección para la Academia; debieron de prevalecer en particular sus haciendas de gra-

mático descollante en los campos de la didascalia y muy necesarias por cierto para los menesteres de orientación y regulación que deben ejercer las Academias.

En éstas comparten sillones y tareas los creadores y los técnicos; el novelista junto al gramático; el poeta a par del filólogo. En la Academia Ecuatoriana de aquellos días al lado del gramático lasallista quedaba Juan León Mera autor de *Cumandá*. En nuestra Academia Colombiana hubo días en que llegaban a las sesiones las polifonías poéticas de Rafael Pombo y las papeletas lexicográficas de Rufino J. Cuervo, así como hoy conviven en fraterno coloquio la musa fresca y aristocrática de Rafael Maya con las doctas filologías de Luis Flórez, del Padre Briceño o de Rafael Torres Quintero.

¿Y qué se observa en la Real Academia Española? Allí, en las inolvidables sesiones vespertinas de los jueves, en torno a la indescriptible mesa ovalada y afelpada de verde, se sientan, alternan y proponen las emiencias de la filología como Vicente García Diego y Rafael Lapesa en amigable compañía con los exquisitos poetas Gerardo Diego, José María Pemán o el mundialmente conocido Vicente Aleixandre. Cuando no se presencia el espectáculo intelectual de humanísimos varones como Dámaso Alonso y Alonso Zamora Vicente, que son zahoríes críticos de científica sagacidad de enriquecedores sondeos y juntamente cinceladores de páginas bellas y acicaladas.

Esta presencia tan justificada del gramático lasallista en la Academia del Ecuador me trae el recuerdo de un certamen famoso que me fue dado contemplar en Madrid en abril de 1956, en aquella fiesta mayor del espíritu y de la Hispanidad que fue el Segundo Congreso de Academias de la Lengua Española. Y el recuerdo me insiste porque los justadores del singular torneo fueron don Gregorio Marañón, ornamento de España, y Aurelio Espinosa Polit, lujo del Ecuador. En la sesión de apertura del 24 de abril, Marañón afirmó: "Necesita el idioma su exacto reglamento; pero si este reglamento no saltase en pedazos cada vez que surge un escritor genial, el idioma, estancado, se pudriría. Feijoo poseía ese creador olvido de las reglas que tienen todos los grandes innovadores".

Acallados los aplausos que coronaron la intervención del celeberrimo español, alzose el Padre Espinosa Polit, elogió las palabras galanamente generosas y alentadoras de Marañón, encareció la imperial nobleza del idioma castellano, recordó que algo faltaría al mundo si faltase el Quijote, ponderó la necesidad de defender la lengua imperial, "nexo de inapreciable valía y lazo vital con la Madre España y con las nacionalidades nuevas que enjambraron en América a principio del siglo pasado" y terminó precisando, matizando y contrapunteando con valiente cortesía los conceptos del sabio y elocuente doctor.

“Más que de los idiomas extranjeros que pugnan por suplantarlos hay que defender al castellano de los riesgos que de él mismo proceden: del empobrecimiento y de las desviaciones que le amenazan, no en virtud de otra cosa que de la ignorancia de sus propias virtualidades y del desuso de su propio caudal. Este peligro no es un mito y hay que afrontarlo con sinceridad. Al Castellano le sobra savia, pero tal vez le falta estructura orgánica que la aproveche toda. Tendencia suya ha sido siempre dar más importancia al impulso vital que a la regulación de este impulso. Es desde luego ciertísimo que el lenguaje “no es obra sólo de técnicos, sino también de los escritores y del pueblo”, puesto que “todos tienen su quehacer en la creación del idioma”; “que el reglamento que éste necesita debe estar dispuesto a saltar en pedazos cada vez que surja un escritor genial”. Sí; pero aun para saltar en pedazos ante el genio, deben existir los moldes y aun para poder ser violadas las reglas, tienen que ser una realidad previa. Sin ellas, sería el caos y del caos nunca surge el progreso pues éste presupone un punto de partida por humilde que sea. Este punto de partida, estas reglas, enuncian lo normal, deben poderse enseñar y para esto deben ser definidas y codificadas, depuradas y comprobadas. ¿Lo están? ¿Lo están debidamente? ¿Quién se atrevería a decirlo? Y el no estarlo, ¿no constituye en verdad uno de los riesgos más concretos que amenazan hoy a la lengua castellana? Cosa de tan alta trascen-

dencia para la convivencia humana debe tener una base de inteligibilidad mutua y para ello, de perfecta uniformidad que no puede quedar a merced de las caprichosas variaciones que introducen las iniciativas individuales. Reconozcamos (con Marañón) que “la gente de la calle es la que pone la savia y el adobo intenso al hablar culto”. Pero no olvidemos por ello la necesidad del hablar culto normativo, el que privado tal vez de la vivacidad de lo que se espontanea y bulle, posee en cambio el privilegio de la fijeza que perdura y se convierte en cánón de belleza. El latín que se hablaba en las calles de Roma —concluye el humanista ecuatoriano que de ello sabía tanto— era sin duda el de Plauto; pero el latín, modelo vivo de las lenguas europeas que les ha transmitido su esencia, es el latín de Cicerón y de Virgilio”.

En la justa famosa de aquel abril madrileño, hispanista y cervantino el humanista ecuatoriano se le atrevía y se le medía, puntualizándolo, al humanista español. Instintiva llamada de creación y racional imperio de la norma deben regir los idiomas.

Espinosa Pólit, religioso y académico del Ecuador y de España como el Hermano Miguel, ponía en su punto los fueros de la norma gramatical y justificaba la presencia de lingüistas y gramáticos, como el humilde profesor lasallista, en los altos cenáculos de la lengua.

Su sabiduría, sus afanes por ensanchar cultura, sus textos consultados y afamados, su misma posición académica y finalmente sus viajes lo acercan a figuras aventajadas del mundo de las letras: a Don Ramón Menéndez Pidal, patriarca de la Romanía, el cual visita al Ecuador con delicada misión diplomática; a Belisario Peña, pedagogo y poeta colombiano residente en Ecuador, cantor excelso de la Virgen María; al filólogo bogotano Rufino J. Cuervo que, desde su eremitorio de París, es lumbrera de la ciencia del lenguaje y dechado de cristianos intachables y fervorosos.

Hay un aspecto del Hermano Miguel que no es posible olvidar. Sobresaliente como literato, de lo cual nunca se picó ni se glorió, su don más egregio, su tarea más noble, su quehacer más esmerado es el de catequista, a tono y sintonía con su vocación de religioso educador y precisamente de la Escuela de la Salle. El ha meditado en los escritos de su Fundador que el educador es obrero de Dios, embajador de Cristo, agente del Espíritu Santo; él sabe que desde los orígenes de su Congregación, como lo formulan hoy sus documentos capitulares, el lugar céntrico reservado a la catequesis en su engranaje ministerial y apostólico, no ha supuesto ni admitido jamás disociación práctica entre catequesis y educación humana, entre esfuerzo de evangelización y acceso a la cultura. Así, catequista primordial, lo evoca y lo exalta la Santidad de Pablo VI.

Los Superiores de su Congregación, conocedores de sus haberes de gramático y sus habilidades de pedagogo, lo invitan a Europa, a los laboratorios lasallistas en que maestros doctísimos, saturados de experiencias didácticas y encanecidos en el delicado manejo de las almas tiernas, elaboran los textos utilizados con provecho en todo el mundo.

En marzo de 1907 embarca en Guayaquil rumbo a Europa; se desprende, con presentimientos de ausencia definitiva, de su patrio solar; visita en París a su amigo Rufino J. Cuervo y se muestra contento porque en esa Ciudad Luz hay para él “una celda, buenos libros y la capilla cerquita”, apetencia sin duda más holgada y espiritual que aquella expresada por Lope de Vega en dos versos famosos:

“Que yo en mi pobre hogar
con dos librillos
ni temo, ni murmuro, ni deseo”.

Pasa luego, a la vuelta de tres meses, a Lembecq-Lez-Hal en Bélgica, Curia general de su Instituto y por fin en julio de 1908 llega a remansar su vida, a terminar andanzas y peregrinaciones, en Premiá del Mar, del que dice que es “un rinconcito de la Madre Patria a pocos pasos del Mediterráneo”.

Allí es, como siempre, el jornaleiro ilusionado, infatigable de la Pedagogía: enseña, escribe, compone textos, traduce al español el catecismo de Pío X, acomete la publicación de

un curso de Historia Eclesiástica y descansa a ratos orando en el oratorio o contemplando el mar vecino, el mar polisonoro y multicambiante de la cultura grecolatina y cristiana.

A ese retiro de paz, a esa colmena de estudios y oraciones se precipitan desafortunadas las turbas de la revolución, desatando incendios y sobresaltos que lo obligan a emigrar llevando oculta en una maleta, a bordo de un cañonero, la Santa reserva de la Eucaristía.

Hace ya días, quizás desde su partida del Ecuador, el Hermano Miguel está sintiendo en el alma preanuncios de postrimerías y oreos, que no lo perturban y antes lo confortan, de cercana eternidad. Ofreciéndose en holocausto de propiciación por su Instituto, espigador y gavillero de tantas opulentas cosechas espirituales y culturales, por su lejana Patria y por el vigor de la enseñanza cristiana entonces fieramente combatida, da su alma al Señor, a quien tan limpia y gozosamente ha servido, el día 9 de febrero de 1910.

En 1937, el Ecuador reclamó las reliquias de su gran hijo y maestro, las recibió entre flores, banderas y aclamaciones, le ha levantado monumentos de bronce y de mármol y lo ha perennizado en el homenaje volandero de su filatelia.

Os he trazado, señores, el itinerario de una vida noble, sencilla, dotada de magníficas calidades huma-

nas, de torrenciales invasiones divinas, de generosas correspondencias personales.

Fue el Hermano Miguel un caminante de Dios y un buscador del Reino. Los pies en la tierra, los ojos hacia el cielo, su vida fue pureza y dádiva, elevada e intacta pureza de nieves y entrega de saber y de ejemplaridad sin reserva y a chorros.

Idealismo de la más sana ley, ansia de perfección aquilatada, en una sola palabra que pronuncio con reverencia: santidad. Y digámoslo una vez más con sinceridad y sin recelo ninguno: esa santidad es, la que hoy, de particular manera, celebra, festeja y enaltece nuestra Academia, sin desdeñar y antes uniéndole y justificando el excelso valor de la sabiduría gramatical y literaria.

Nuestra Academia, reconocedora de una escala de valores y estimativas, coloca en la cima la perfección moral, el apego a lo permanente.

En la que fue actividad humana del Hermano Miguel como letrado, es decir: gramático, escritor o poeta, hay algo que puede huir y desvanecerse, como se acaban los torrentes de invierno.

Puede su poesía sonar algún día a música anacrónica, porque así lo están padeciendo no pocos que fueron en sus años poetas gustados y encomiados; puede su prosa llegar a perder color, sabor y audiencia; pueden envejecer y de hecho han des-

aparecido estructuras y partes gramaticales que él expuso en sus textos y que hoy están arrinconadas y muy distantes del “Nuevo Esbozo de una Gramática de la Lengua Española”; lo que nunca envejecerá, ni pasará, ni quedará arrinconado es la vida entendida y realizada como pureza, oblación y donación, el cultivo de la divina poesía, el amor y la defensa de la norma y más que todo el reconocimiento perpetuo del primado de la trascendencia y de la caridad.

La Academia Colombiana ha querido compartir el gozo de todas las fraternas Academias y en particular de Ecuador, España y Venezuela, por esta elevación de su colega, el primero de todos ellos, a la gloria vaticana y eclesial de Bernini y al glorificar así al Hermano Miguel, académico y santo a la vez, revive la unidad espiritual de la Gran Colombia y, en círculo más amplio, reconoce los supremos valores y las más recias vinculaciones de la Hispanidad.

Bogotá 15-II-78

LA BIBLIOTECA LUIS-ANGEL ARANGO DEL BANCO DE LA REPUBLICA

Se complace en informar a los profesionales colombianos —médicos, ingenieros, arquitectos, abogados, economistas, técnicos, profesores, etc.— que mantiene a su disposición en los habituales servicios de consulta las mejores y más recientes publicaciones sobre todas las materias de su especialización.

Servicio en días ordinarios:

9:00 a. m. a 9:00 p. m.

Servicio en días festivos:

8:00 a. m. a 6:00 p. m.

Dirección:

Calle 11 N° 4-14
Barrio de la Candelaria
Bogotá